

# Acercamiento histórico a los nuevos movimientos eclesiales

*José Alberto Izquierdo Claros, L.C.*

*Licenciado en teología dogmática por el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.*

## Introducción

**L**a constitución dogmática *Lumen gentium* compara a la Iglesia con el árbol «que se ramifica espléndido y pujante en el campo del Señor partiendo de una semilla puesta por Dios»<sup>1</sup>. En este árbol se han desarrollado una multiplicidad de formas de vida muy diversas. En nuestros días, han brotado un sinnúmero de realidades nuevas que han contribuido eficazmente a la consolidación y extensión del Reino de Cristo en la sociedad.

En este trabajo quiero analizar la naturaleza de estos nuevos movimientos bajo la perspectiva histórica. El motivo por el que he escogido este argumento es, principalmente, por el interés personal en profundizar en el estudio eclesiológico de los movimientos eclesiales y de las nuevas formas de vida consagrada que hoy enriquecen la vida de la Iglesia con la originalidad y fuerza de sus carismas. También he elegido este tema con la finalidad de comprender mejor la naturaleza de nuestro movimiento, el *Regnum Christi*, y qué mejor que poniéndolo en el contexto general de los nuevos movimientos.

Massimo Faggioli comenta que no resulta fácil analizar la complejidad de los movimientos en la Iglesia, por lo que es necesario un acercamiento multidisciplinar: «un acercamiento histórico, teológico, canónico, sociológico, antropológico»<sup>2</sup>. Yo voy a limitar este estudio a hacer un breve acercamiento

---

<sup>1</sup> CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium: Constitución dogmática sobre la Iglesia*, Ciudad del Vaticano 1964, n. 43. Todas las citas de los documentos magisteriales y de los mensajes y discursos de los papas los hemos tomado de la página <http://www.vatican.va/>.

<sup>2</sup> M. FAGGIOLI, *Nello spirito del concilio: Movimenti ecclesiali e recezione del Vaticano II*, San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 2013, 6. Si no se indica otra cosa, las traducciones de libros en italiano son mías.

desde la perspectiva histórica a estas formas representativas de la dimensión carismática del misterio de la Iglesia, que son los nuevos movimientos<sup>3</sup>.

Propongo, pues, un recorrido por la historia para intentar descubrir la acción del Espíritu Santo en la Iglesia mediante los dones carismáticos que continuamente ha donado y de los que han nacido tan diversos y numerosos movimientos. No es exhaustivo, pues no corresponde a la naturaleza de este trabajo, pero sí trataré de ser ilustrativo para evidenciar de qué forma el Espíritu ha estado siempre presente y activo en la Iglesia y cómo, mediante los movimientos espirituales que Él mismo continuamente ha generado, la acción de Dios ha respondido a los retos más urgentes de la Iglesia y la ha enriquecido de gracias especiales que resplandecen en su seno hasta el día de hoy.

Massimo Faggioli dice que la historia de los movimientos en su conjunto sirve para comprender la historia de la Iglesia<sup>4</sup>. Pero también se puede afirmar que la historia de la Iglesia permite comprender, de manera más completa y profunda, la historia y la naturaleza de los movimientos que el Espíritu Santo ha ido suscitando en Ella a lo largo de los siglos.

En este capítulo me propongo hacer, de la mano de Fidel González y del cardenal Joseph Ratzinger, un breve recorrido histórico que ponga de manifiesto el fenómeno constante de la acción carismática con la que el Espíritu Santo ha animado y fortalecido el devenir histórico de la Iglesia. De muchas formas el Espíritu Santo realiza su misión de recordarnos todo lo que Cristo nos ha enseñado (cf. Jn 14,26). La multiplicidad, continuidad y oportunidad de los movimientos es, sin duda, una de ellas. Los movimientos, como reconocía Juan Pablo II, nos hacen experimentar el clima de Pentecostés. Por ello, «cómo no dar gracias a Dios por los prodigios que el Espíritu no ha dejado de realizar en estos dos milenios de vida cristiana!»<sup>5</sup>.

La lógica de las ideas que voy a seguir para hablar de cada período histórico es la propuesta por Joseph Ratzinger en la conferencia magistral que impartió en el Congreso mundial de los movimientos eclesiales del 27 al 29 de mayo de 1998 cuando hace referencia a las cinco oleadas de movimientos apostólicos. El aquel entonces cardenal Ratzinger sugiere hacer primero

<sup>3</sup> El presente artículo es parte de un estudio más amplio que incluye los aspectos conceptual y teológico, como resultado de mi investigación para la licencia en teología en el Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum*.

<sup>4</sup> Cf. M. FAGGIOLI, *Nello spirito del concilio...*, 74.

<sup>5</sup> JUAN PABLO II, *Homilía en el Domingo de Pentecostés, 31 de mayo de 1998*, Ciudad del Vaticano 1998, n. 2.

una descripción del fenómeno, del cual emerge la esencia espiritual de los movimientos en cuestión, poniendo así de manifiesto su colocación eclesial<sup>6</sup>.

Trataré de presentar los movimientos de cada período histórico a la luz de estos tres enfoques.

### A. Desde el origen

#### 1. De la edad apostólica a la subapostólica

Fidel González describe la experiencia de los primeros cristianos como una «experiencia de libertad»<sup>7</sup>. Los primeros cristianos responden a los retos que se les presentan: difusión de la fe, persecuciones, organización de las primeras comunidades... Lo hacen movidos por una fe original y fuerte, por la experiencia de la salvación obrada por Cristo como un don y, particularmente, por la experiencia de Pentecostés, signo de la eficacia operante de la gracia de Cristo en ellos. Todo esto se traduce en una conciencia de la libertad recibida y de la llamada a testimoniar y difundir la nueva vida en Cristo. Para ello, los primeros cristianos reciben dones y carismas que significan y hacen concreta esta misión. Esta experiencia de libertad y de nueva vida en Cristo está sintetizada en la *Carta a Diogneto* y en numerosas expresiones de los primeros padres apostólicos<sup>8</sup>.

Fidel González comenta dos retos que se le presentaron a la Iglesia primitiva. La cuestión principal que tuvieron que afrontar los primeros cristianos fue la apertura al mundo pagano. El Concilio de Jerusalén responderá a esta cuestión en sus principios basilares de una forma que no estaba programada y que no era previsible, signo de la acción del Espíritu Santo<sup>9</sup>. Otro gran reto que consistió en la creciente tensión entre la Iglesia local y la misión evangelizadora universal<sup>10</sup>. Al inicio, la fe cristiana se vivía en pequeñas comunidades, muchas veces desplazadas y dispersadas por las persecuciones y los conflictos sociales. La línea divisoria entre la dimensión jerárquica y la dimensión carismática podemos decir que era bastante confusa. Fidel González comenta que la misma Iglesia tenía una fisonomía de movimiento,

<sup>6</sup> Cf. J. RATZINGER, «I movimenti eclesiali e la loro collocazione teologica», in PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS (ed.), *I movimenti nella Chiesa, Atti del Congresso mondiale dei movimenti eclesiali. Roma, 27-29 maggio 1998*, Città del Vaticano 1999, 39.

<sup>7</sup> F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti: Dalla Chiesa degli apostoli a oggi*, Biblioteca Universale Rizzoli, Milano 2000, 33.

<sup>8</sup> Cf. *Ibid.*, 32-34.

<sup>9</sup> Cf. *Ibid.*, 40.

<sup>10</sup> Cf. *Ibid.*, 43-44.

en el sentido de que «no tiene fronteras ni en la caridad, ni en el espacio, ni en el tiempo»<sup>11</sup>. La misión itinerante la realizaban los así llamados «apóstoles». En primer lugar y de modo eminente, los Doce, a los que pronto se le unió san Pablo. Pero los *Hechos de los apóstoles* mencionan a varios más y, sin duda, se trataba de un ministerio extendido en la época.

No obstante, según Ratzinger, quizá algunos abusos de los itinerantes favorecieron su gradual desaparición. Por esta razón, las comunidades locales asumen paulatinamente la responsabilidad de propagar la fe en sus alrededores. En el siglo II se toma plena conciencia de que la sucesión apostólica corresponde a los obispos y que la esencia del ministerio episcopal incluye estos dos elementos fundamentales: la unidad en la fe (sacramental) y la unidad en la misión (dinamismo universal de la apostolicidad). Todo esto, afirma Ratzinger, favorece el desarrollo teológico, pues se llega a la síntesis doctrinal firme que afirma la unidad intrínseca entre sacramento y servicio apostólico<sup>12</sup>.

A raíz de esta descripción, Ratzinger afirma que el ministerio apostólico es un ministerio universal, que se dirige a la humanidad entera, esto es, a la totalidad de la única Iglesia. La Iglesia, en lo más profundo de su esencia, es misionera. «La Iglesia universal precede a las Iglesias locales, que surgen como actuaciones concretas de Ella misma»<sup>13</sup>. Esta característica, de la utilidad universal del ministerio apostólico, es también la primera y esencial nota propia de los movimientos, sin la cual nunca serán católicos. Y es, también siempre, el gran reto a superar, evitando la autorreferencialidad.

Esta misionariedad convive con la realidad institucional, que con el paso del tiempo se va consolidando en la constitución de las primeras Iglesias locales. «Así pues, en la Iglesia naciente», afirma Ratzinger, «existen con toda evidencia, el uno junto al otro, dos ordenamientos que, si bien tienen indudablemente comunicación entre ellos, son netamente distinguibles»<sup>14</sup>: el servicio de las Iglesias locales, que pronto asume formas estables, y el ministerio apostólico, que pronto deja de estar reservado solo a los doce apóstoles (cf. Ef 4,10).

La dimensión carismática de la Iglesia primitiva la encontramos en la variada distribución de servicios eclesiales, entre los que está el ministerio de los profetas, encargados de predicar la Palabra más allá de las fronteras

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, 47.

<sup>12</sup> Cf. J. RATZINGER, «I movimenti ecclesiali...», 35-36.

<sup>13</sup> *Ibid.*, 33.

<sup>14</sup> *Ibid.*, 34.

de las Iglesias locales<sup>15</sup>. Esta realidad del misterio de la Iglesia ocupa, pues, un lugar coesencial junto a la dimensión institucional que, poco a poco, también cobra forma y fuerza. Efectivamente, como afirma el ahora Benedicto XVI, «en el concepto de sucesión apostólica está inserto algo que trasciende el ministerio eclesiástico puramente local»<sup>16</sup>. La misión siempre nos lleva más allá de lo saldamente sistemático o institucional. Este elemento universal, que es esencial en la constitución divina de la Iglesia, se alcanza en la síntesis entre la realidad institucional y la carismática de la Iglesia, nunca por separado ni en confrontación. La comunión jerárquica y la misión universal se complementan y en la síntesis encuentran su plena realización.

## 2. El movimiento monástico

En el siglo II aparece el movimiento del monacato. Al inicio parece indudable la falta de misionariedad. Antonio tiene como ideal perseguir la vida evangélica. Huye de una estructura de la Iglesia local un tanto rígida, de un cristianismo que poco a poco se ha acomodado a las necesidades de la vida mundana. Los monjes buscan un seguimiento de Cristo que Joseph Ratzinger define así en italiano: «*senza “se” e senza “ma”*». Si bien es cierto que este movimiento no tiene un carácter explícitamente misionero, quienes asumen esta radical forma de vivir el cristianismo ejercen sobre los demás cristianos una nueva paternidad espiritual, que integra la que viene de los obispos y presbíteros locales y que se caracteriza por la fuerza de una vida vivida pneumáticamente en todo y por todo<sup>17</sup>.

Para los monjes, el martirio sigue siendo el punto de referencia. Las persecuciones ya han terminado, pero para ellos, «la vida monástica se concibe como una ofrenda cotidiana de sí mismos a Cristo en una especie de martirio incruento»<sup>18</sup>. Este modo de vivir sacudirá la vida relajada de los cristianos, dando nuevo vigor y renovación a la Iglesia.

La esencia de estas primeras comunidades cristianas no está tanto en la comunidad en cuanto tal, sino que se busca más bien la vivencia integral de la fe cristiana, «la Iglesia que, obediente al Evangelio, viva del Evangelio»<sup>19</sup>. Y si hay un elemento del Evangelio que los primeros monjes resaltan por encima de todo, y que lo podemos considerar como su aporte esencial, es el de la caridad. Es cierto que el movimiento del monacato se caracteriza por la

<sup>15</sup> Cf. F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti...*, 35.

<sup>16</sup> J. RATZINGER, «I movimenti ecclesiali...», 36.

<sup>17</sup> Cf. *Ibid.*, 37.

<sup>18</sup> F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti...*, 48.

<sup>19</sup> J. RATZINGER, «I movimenti ecclesiali...», 38.

*fuga saeculi*, pero esta tiene una dimensión espiritual y está ordenada a la caridad y al servicio de la Iglesia<sup>20</sup>.

Comparando los tres modelos de *sequela Christi* propuestos por Pacomio, Basilio y Agustín, se puede observar cómo la vivencia de la caridad evangélica es esencial en los carismas que nacen en este período. La caridad es el motor de su dedicación total a Dios y la columna vertebral de las comunidades por ellos formadas. En efecto, Pacomio es movido a la conversión y decide dedicar su vida a «servir al género humano» a raíz de la experiencia de la *koinonía* vivida por un grupo de cristianos que lo asisten en Sesenet. Esa experiencia se hará fecunda al pedirle a Dios en la oración que le muestre su Voluntad, comprendiendo que esta consiste en compartir el propio ideal de vida ascética sirviendo a todos aquellos que desean ser sus discípulos<sup>21</sup>.

Basilio, por su parte, propone, como base de su sistema, el precepto de la caridad, que consiste en el amor de Dios y del prójimo. Basilio coloca los cenobios cerca de las ciudades, pues sostiene que el amor al prójimo excluye el hermetismo y que la ascesis debe orientarse siempre hacia las obras de caridad y en un profundo sentido eclesial<sup>22</sup>.

Finalmente, la caridad fraterna es el elemento central de la espiritualidad agustiniana, fruto del amor que Dios infunde en nosotros. Esto lo experimenta Agustín de un modo particular después de ser ordenado sacerdote. Este hecho marca un cambio radical en el modo de seguir viviendo la experiencia monástica. El esquema de vida común, eje central del monaquismo agustiniano, es como en Tagaste, pero se subraya la misión del monje al servicio de la Iglesia. A los clérigos les propone la vida común, a ejemplo de la primitiva comunidad de Jerusalén (cf. Hch 4,35). La vida común es expresión de la unidad, el modo de vivir el amor al prójimo, que siempre se orienta hacia Dios: los hermanos son Templos de Dios<sup>23</sup>.

Esta nueva realidad eclesial encuentra su lugar en el seno de la Iglesia y nunca lo ha abandonado. Joseph Ratzinger afirma que «el movimiento monástico crea un nuevo centro de vida»<sup>24</sup>. No supe a la Iglesia local, pero tampoco se identifica con ella exactamente. El monacato contribuyó de modo eficaz para la renovación de la Iglesia y para ofrecer a los cristianos una

<sup>20</sup> Cf. F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti*. . . , 49.

<sup>21</sup> Cf. M. AUGÉ — E. SASTRE SANTOS — L. BORRIELLO, *Storia della vita religiosa*, Queriniana, Brescia 1988, 45-46.

<sup>22</sup> Cf. *Ibid.*, 67-68.

<sup>23</sup> Cf. *Ibid.*, 88.

<sup>24</sup> J. RATZINGER, «I movimenti ecclesiali. . . », 38.

forma de vida cristiana martirial, esto es, ofrecida a Dios y a la Iglesia como testimonio público de la vida que siguió Cristo aquí en la tierra.

Al considerar esta primera ola de movimientos que se sucederán ininterrumpidamente en la Iglesia, Ratzinger resalta el aporte eclesial que estos dan al cuerpo de la Iglesia. Los movimientos realzan el aspecto universalístico de la misión de la Iglesia y la radicalidad evangélica. Dos notas que hacen que los movimientos ofrezcan un fuerte testimonio a las Iglesias locales de la vitalidad y la verdad espirituales que ellas requieren para subsistir:

Si se mira ahora a la Iglesia en su conjunto, nos resulta evidente que por un lado el modelo eclesial local, decididamente caracterizado por el ministerio episcopal, es la estructura basilar y permanente a través de los siglos. Pero ello es al mismo tiempo recorrido incesantemente por las oleadas de movimientos que revalorizan de continuo el aspecto universalístico de la misión apostólica y la radicalidad evangélica, y propiamente por esto, sirven para asegurar la vitalidad y la verdad espirituales a las Iglesias locales<sup>25</sup>.

### 3. El movimiento benedictino

Ratzinger expone como una sola oleada el movimiento misionero monacal benedictino y su reforma cluniacense. Yo seguiré a Fidel González distinguiendo estos dos períodos históricos.

Sobre el período benedictino, hay que destacar cómo en los siglos V-VIII la Iglesia ofrece una fuerte propuesta misionera de comunión en una época en la que el *ordo civilis* del imperio romano se derrumba. Es un movimiento misionero fuerte el de este período<sup>26</sup>. El influjo misionero (san Agustín de Canterbury, san Patricio, san Bonifacio, los hermanos Cirilo y Metodio), y los fundamentos de la regla que san Benito propone para la organización de sus monasterios, servirán de base para la formación del nuevo *ordo christianus*, del que nacerá la Europa moderna<sup>27</sup>.

La vida monástica tiene su raíz en la búsqueda de vivir la vida evangélica, pero responde a la llamada de incluir en esa esencia el servicio de evangelización, como expresión de la libertad evangélica que le aporta su pobreza, castidad y obediencia consagrada<sup>28</sup>.

La regla de san Benito se trasmuta en un movimiento de vida cristiana y de acción misionera que transforma lo que ahora llamamos Europa. La

<sup>25</sup> *Ibid.*, 39.

<sup>26</sup> Cf. *Ibid.*, 39.

<sup>27</sup> Cf. F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti...*, 53-55.

<sup>28</sup> Cf. J. RATZINGER, «I movimenti ecclesiali...», 40.

esencia de los movimientos de este período es el diálogo fecundo entre el mundo romano y el mundo germano. Los monasterios, que poco a poco se van ajustando todos a la regla benedictina, se convierten en refugios de paz y de cultura en una Europa violenta y dura. En ellos se preserva el núcleo fundamental de la cultura romana, especialmente las bases de su ordenamiento jurídico y la cultura clásica. Los monasterios son también foco de evangelización en el ámbito rural y entre los bárbaros. Este contacto con el mundo germano, rico de valores humanos, aporta a Europa la vitalidad que el imperio romano ha perdido y que ya se desintegra sumido en la degeneración social, la violencia y la moral decadente<sup>29</sup>.

El papado no crea este movimiento, pero es quien lo sostiene y le da un lugar en la estructura de la Iglesia. Se puede decir que la colocación eclesial del monacato de Occidente es un reflejo y prolongación del ministerio petrino, que tiene cura de la iglesia universal, tanto en su misión *ad intra* como en su misión *ad extra*<sup>30</sup>.

## *B. Del corazón del medioevo al inicio de la edad moderna*

### 1. Renovación eclesial durante la fase carolingia

A este período se le conoce como el siglo de hierro. Se derrumban muchas estructuras sociales, políticas, culturales y eclesiales, pero se prepara un nuevo florecer de renovación. El imperio carolingio ha conferido autoridad civil a los obispos. Por un lado, se logra poner orden a una sociedad derrumbada por las guerras y las invasiones bárbaras, pero se pone la semilla del grave problema de las investiduras y de la simonía y otros abusos de poder. Nace un nuevo orden social, el feudalismo, basado en la mutua fidelidad de las personas<sup>31</sup>.

En medio de este clima social, el Espíritu Santo impulsa un movimiento fuerte dentro de la Iglesia cuya esencia es la reforma eclesiástica. Uno de sus exponentes más destacados es san Pedro Damiano. En los monasterios se vive de oración, liturgia y trabajo. Se convierten en lugares donde se recuerda y se custodia el misterio de Cristo, en signos para la reforma de la Iglesia<sup>32</sup>.

<sup>29</sup> Cf. F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti...*, 55-59.

<sup>30</sup> Cf. J. RATZINGER, «I movimenti ecclesiali...», 39.

<sup>31</sup> Cf. F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti...*, 61-63.

<sup>32</sup> Cf. *Ibid.*, 64-66.



## 2. Los cistercienses y la *christianitas*

Época caracterizada por grandes conflictos entre el imperio y la Iglesia: lucha por las investiduras y reforma gregoriana (1059-1123). También es una época rica de ejemplos de vitalidad en la Iglesia: eremitas, canónigos regulares, monjes cistercienses, hospitalarios, órdenes caballerescas y militares... Es una época de grandes síntesis cristianas: caballeros, cruzadas, catedrales, peregrinaciones, *scholae*, universidades, sumas teológicas... Es la época de la «civilización unitaria cristiana»<sup>33</sup>. No es un tiempo fácil para la Iglesia, pero se termina imponiendo el «orden civil cristiano», que durará hasta Bonifacio VIII<sup>34</sup>.

Fidel González hace una amplia descripción de este período fecundo para la Iglesia que trato de resumir en los próximos párrafos. La espiritualidad de los siglos X y XI está marcada por un fuerte cristocentrismo. El ideal de muchos cristianos es la *sequela nuda* de Cristo: «nudus nudum Christum sequi»<sup>35</sup>.

De este movimiento espiritual que busca la renovación eclesial, florecen nuevas fraternidades de eremitas, entre ellos las cartujas de san Bruno (+1101). Otro fenómeno importante son las compañías de clérigos, canónigos y laicos, que buscan profundizar en las exigencias de la vocación bautismal viviendo según el modelo de la Iglesia primitiva.

Es interesante constatar que este movimiento nace en el ámbito del clero, pero también del laicado, como exigencia de vida cristiana auténtica. Los laicos se organizan en confraternidades y se comprometen en el servicio caritativo en diversos sectores sociales de la época.

En este tiempo surge también el movimiento de los *pauperes Christi*, peregrinos en su mayoría que predicán la conversión y la renovación de la Iglesia. Es un movimiento que causa perplejidades, pero muy seguido. Los papas se esfuerzan por regularlo.

El siglo XII es la época de san Bernardo, el cual crea un movimiento de renovación que comienza en Francia y se extiende pronto por toda Europa. Es un movimiento fundamentalmente laical, que busca renovar los monasterios.

Es también el tiempo de las cruzadas, de las órdenes caballerescas y hospitalarias, y de las peregrinaciones a los grandes santuarios de la cristiandad.

<sup>33</sup> Fidel González cita esta expresión de Troeltsch, historiador protestante.

<sup>34</sup> Cf. *Ibid.*, 75-77.

<sup>35</sup> *Ibid.*, 83.

Es un tiempo de invasiones musulmanas, por lo que el pensamiento escatológico está muy presente también.

En conclusión, es un tiempo rico de carismas y movimientos de reforma, que marca el final de una época. Se busca seguir más de cerca las huellas de Cristo según el modelo de la Iglesia primitiva, esto es: oración simple, contemplación y *lectio divina*, caridad fraterna, penitencia temperada, oración litúrgica y personal<sup>36</sup>.

Si buscamos definir de algún modo la esencia de este movimiento devocional y de renovación que, para Ratzinger da origen a la idea de Europa<sup>37</sup>, podemos decir que el movimiento cisterciense impulsó y terminó de poner las bases a la *christianitas* europea<sup>38</sup>. La idea de Europa, o bien, la conciencia de formar un solo pueblo, tiene su raíz en la cultura cristiana. La federación de los monasterios, que cruza las fronteras, las cada vez más frecuentes peregrinaciones hacia Roma, Tierra Santa y Santiago de Compostela, y las constantes referencias al Santo Padre para resolver cuestiones de carácter eclesial y social en los diversos países, hacen crecer la conciencia de ser parte de un solo pueblo: lo que hoy reconocemos como la cristiandad o *christianitas*.

El *ordo cluniacensis* es un gran movimiento eclesial caracterizado por la flexibilidad y la fidelidad al carisma recibido de Dios y que hará germinar en la Iglesia nuevas formas de vida monástica y clerical: vida monástica renovada, vida regular canónica, vírgenes seculares, viudas, eremitas... Este movimiento se vuelve un reclamo para todos a vivir el compromiso de la vida cristiana y eclesial en modo global y radical. Se fomenta un mayor compromiso pastoral, expresado en la *cura animarum*.

A partir de Clemente II (1046-1047) los papas intervendrán cada vez más en el apoyo a los movimientos carismáticos suscitados por el Espíritu en la Iglesia. El papa otorga a los monasterios la libertad romana, hoy lo conocemos más por el privilegio de la exención. Al ligar los monasterios a la Santa Sede, los libra de las injerencias político-seculares de la mentalidad feudal, tanto laica como eclesial. Este factor socio-político termina siendo la causa extrínseca de la colocación eclesial que los movimientos ocupan en la estructura de la Iglesia<sup>39</sup>.

<sup>36</sup> Cf. *Ibid.*, 82-93.

<sup>37</sup> Cf. J. RATZINGER, «I movimenti ecclesiali...», 40.

<sup>38</sup> Cf. *Ibid.*, 40.

<sup>39</sup> Cf. *Ibid.*, 67-74.

Como fruto de este movimiento, se lleva a cumplimiento la reforma gregoriana, que libra a la Iglesia de la influencia de los nobles romanos y de la mundanización. Se logra así la libertad y la salvaguarda espiritual de la Iglesia, aunque esto generó luchas entre el papa y el emperador<sup>40</sup>.

### 3. Domingo y Francisco

En el siglo XIII, Europa atraviesa un otoño medieval. La Iglesia vive en un sopor de prosperidad y gloria ficticias. La sociedad prospera y vive un estado de bienestar no conocido antes, pero muchos clérigos son ignorantes o se han refugiado en la vida religiosa buscando una cómoda solución a los problemas de la vida.

Los carismas de las órdenes mendicantes fascinan a muchos protagonistas de la vida eclesial. Estos dones fuertes de Dios no suplantán a los anteriores, pero les ayudan a renovarse. Aportan nuevas formas de organizarse y se abren a las exigencias del tiempo: viven la pobreza evangélica, prestan atención a la burguesía naciente, se dedican al estudio de las nuevas ciencias, colocan los conventos dentro de las ciudades, adaptan sus compromisos para consentir la movilidad en la predicación del Evangelio. En un inicio, el movimiento mendicante es fundamentalmente laical, pero los papas propician la clericalización de estas nuevas órdenes para contribuir con ello a la necesaria renovación del clero. A la par de estas nuevas formas de vida eclesial, surgen también algunos grupos heréticos y cismáticos, como los albigenses, los cátaros, los valdenses y los patarinos<sup>41</sup>. En torno a las órdenes mendicantes surgen, también, los conventos de vírgenes consagradas y los movimientos laicales o terceras órdenes<sup>42</sup>.

La intención de Francisco es renovar la Iglesia en base al Evangelio, no fundar un movimiento. Se genera un fuerte conflicto con el clero secular que quiere solo la vida monástica encerrada en los monasterios y dedicada a la contemplación<sup>43</sup>.

En este momento de cambio epocal, estos movimientos buscan la radicalidad evangélica. Esta es su esencia. La sociedad exige a la jerarquía de la Iglesia que vuelva a la pobreza evangélica. El movimiento mendicante de la época se caracteriza por la pasión por las fuentes bíblicas y patrísticas.

<sup>40</sup> Cf. J. RATZINGER, «I movimenti ecclesiali...», 40-41.

<sup>41</sup> Cf. F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti...*, 94-98.

<sup>42</sup> Cf. *Ibid.*, 101.

<sup>43</sup> Cf. J. RATZINGER, «I movimenti ecclesiali...», 41.

Se busca volver a la forma de vida de la antigua tradición cristiana<sup>44</sup>. «Los *fratres* mendicantes son, pues, la respuesta eclesial a las exigencias del tiempo»<sup>45</sup>.

No encontraron de modo inmediato su colocación en la Iglesia. Más aún, recibieron una oposición fuerte y también se dieron excesos y surgieron grupos heréticos. «Una idea estrecha y empobrecida de la Iglesia, por la cual se absolutiza la estructura de la Iglesia local, no puede tolerar la nueva clase de anunciadores»<sup>46</sup>. El papa, en cambio, les da su apoyo y les asigna una misión en la Iglesia. Se da así un impulso a la doctrina sobre el primado de Pedro, en su raíz apostólica<sup>47</sup>. El aporte máspreciado del movimiento mendicante es la nueva espiritualidad que estos nuevos carismas regalan a la Iglesia. Una espiritualidad que hunde sus raíces en el Evangelio y que vuelve a proponer a la Iglesia la radicalidad de la vida cristiana:

Como en el caso de Domingo, el carisma de Francisco ha suscitado en la Iglesia un movimiento eclesial que va mucho más allá de las órdenes religiosas en sentido estricto, tanto así que han generado también una escuela teológica y una espiritualidad bien conocidas<sup>48</sup>.

#### 4. Movimientos eclesiales a los orígenes de la Reforma

La época moderna está caracterizada, desde su inicio, por un progresivo alejamiento de la sociedad de la vida cristiana. Las monarquías se alejan y confrontan a la Iglesia. Surge una fuerte tensión nacionalista, también dentro de la comunidad eclesial. El feudalismo da paso a la burguesía y la *societas europea* a los Estados nacionales. El papado pierde progresivamente sus funciones en la guía de la civilización occidental ante la fuerte oposición de las fuerzas anticlericales. Hay cuatro etapas: lucha contra el derecho público de la Iglesia (nacionalismo); lucha contra la Iglesia católica (protestantismo); lucha contra la fe revelada (Iluminismo); lucha contra la trascendencia (materialismo histórico). Ante estas fuerzas de oposición, la Iglesia asume una actitud defensiva, encabezada por la Santa Inquisición, cuyos resultados no serán los esperados en orden a la renovación ni a la labor misionera de la Iglesia<sup>49</sup>.

<sup>44</sup> Cf. F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti...*, 95-96.

<sup>45</sup> *Ibid.*, 101.

<sup>46</sup> J. RATZINGER, «I movimenti ecclesiali...», 43.

<sup>47</sup> Cf. *Ibid.*, 43.

<sup>48</sup> F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti...*, 109.

<sup>49</sup> Cf. *Ibid.*, 110-113.

La Iglesia se ve sumida en un clima de progresiva secularización y de corrupción y, al mismo tiempo, de intentos de renovación. El Concilio de Trento es paradigmático en este sentido. Es un tiempo de grandes santos que inician en la Iglesia un movimiento de reforma. Entre ellos, Gerardo Groote, iniciador de la *Devotio moderna*. Es un tiempo de fuerte espiritualidad, centrada en la humanidad de Cristo. Se crean fraternidades que contribuyen a la renovación del clero. Al interior de algunas de las órdenes antiguas surgen las congregaciones de observancia con el propósito de recuperar el fervor perdido. Son movimientos al interno de los movimientos. Estos grupos contribuyen de modo significativo a la reforma eclesial y a la evangelización<sup>50</sup>.

Los jesuitas son una de las grandes congregaciones religiosas que nacen en este tiempo, fruto ejemplar del movimiento oratoriano de la época. Ellos reanudan la misión mundial en América Latina, en África y en Asia. Estas nuevas congregaciones adaptan sus Constituciones para acentuar su fisonomía apostólica. También en esta época perdura el impulso misionero de los dominicos y franciscanos<sup>51</sup>.

Los movimientos que nacen en este período tienen dos pilares, que podemos considerar como la esencia carismática que aportan a la Iglesia: la santificación personal e interiorización de la fe (sacramentos, caridad, obras de misericordia) y la finalidad de comunicar ese divino amor<sup>52</sup>. Estos reformadores, como explica Fidel González, comprenden que la reforma se hace en ellos mismos. Proponen «un ámbito de vida cristiana, un hogar, formado por ellos mismos, donde se pueda vivir con alegría la pertenencia eclesial a Cristo»<sup>53</sup>. La Iglesia, concluye González, motivada por el ejemplo de estos nuevos testigos del Evangelio, se esfuerza nuevamente en dar un lugar preeminente a la pasión por la santificación personal, dejando a un lado las preocupaciones por el éxito inmediato y la posición eclesial.

## 5. Después de Trento

En esta época histórica florecen numerosos carismas ligados al movimiento originado por Trento. Tienen su origen en carismas precisos, que participan del misterio de Cristo y están al servicio de su gloria. Sus fines específicos responden a las necesidades y problemas más urgentes del tiempo: el apostolado pastoral, la educación de la juventud, las obras de caridad y sociales, la formación del clero, la misión *ad gentes*, etc. La organización

<sup>50</sup> Cf. *Ibid.*, 113-118.

<sup>51</sup> Cf. J. RATZINGER, «I movimenti ecclesiali...», 43.

<sup>52</sup> Cf. F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti...*, 124.

<sup>53</sup> *Ibid.*, 123.

jurídica de estos movimientos es novedosa, por lo que nace una nueva tipología, las congregaciones religiosas, la nueva forma jurídica será fomentada por Gregorio XIII, quien inicia un proceso de centralización de las órdenes religiosas bajo la Santa Sede<sup>54</sup>.

Surge de los grupos llamados «Amistades», promovidos por los jesuitas o fundados bajo el influjo espiritual de la Compañía de Jesús. Son sacerdotes y laicos, pero la mayoría son laicos<sup>55</sup>. Estos grupos se empeñan en todos los campos de la actividad humana, todo lo que toca a la persona humana, con un grande sentido de humanismo cristiano: ciencia, educación, salud, evangelización...<sup>56</sup>

Los movimientos de esta época se caracterizan por estar más ligados al papa. El aporte esencial a la Iglesia es esta comunión con el sucesor de Pedro y la salvaguarda de la unidad de la Iglesia. Es una reacción ante la creciente presión que ejercen las fuerzas nacionalistas, representadas ejemplarmente por el protestantismo, el anglicanismo y el galicanismo<sup>57</sup>. Como bien afirma Fidel González, «se distinguen, en efecto, por su sentido de comunión con el papa y por la grande conciencia misionera»<sup>58</sup>.

### *C. Hasta nosotros: movimientos eclesiales y mundo moderno*

Durante los siglos XVIII y XIX la cultura occidental sufre un proceso constante de descristianización. Fidel González explica que la Iglesia viene de una época triste y gris, que fue el siglo XVII. Fue triste en cuanto que los poderes estatales someten cada vez más a la Iglesia a su control. Muchos clérigos, religiosos y fieles laicos ceden a esta presión y se acomodan a las modas iluminísticas. Fue gris en la historia de la santidad, de la teología y de la espiritualidad. Es un tiempo de supervivencia, pero no de nuevos carismas o de grandes testimonios de santidad. Son pocas las nuevas congregaciones que inician en este período y otras sufren la persecución violenta, incluso la disolución forzada de algunas órdenes, sobre todo contemplativas. El siglo XVIII es un siglo revolucionario, de fuertes transformaciones políticas, económicas, sociales, demográficas y religiosas. En este período se suprime a la Compañía de Jesús. La Iglesia hace los primeros tentativos de concordatos con los Estados. En medio de toda esta turbulencia de la historia de la humanidad, el Espíritu Santo vuelve a responder haciendo surgir nuevas formas

---

<sup>54</sup> Cf. *Ibid.*, 143-146.

<sup>55</sup> Cf. *Ibid.*, 148-151.

<sup>56</sup> Cf. *Ibid.*, 147.

<sup>57</sup> Cf. *Ibid.*, 144.

<sup>58</sup> *Ibid.*, 146.

de vida eclesial que se adaptan a la nueva cultura anticristiana. Se modela un nuevo modo de vivir el estado clerical, la misión, la vida consagrada y la responsabilidad de los laicos cristianos<sup>59</sup>.

El nuevo Estado laical propició el abandono social de los más débiles. Esto revive la conciencia cristiana, que genera nuevas obras de caridad, adaptadas a los nuevos tiempos. Muchos de los nuevos movimientos que nacen en este tiempo son expresión de la sensibilidad social de la Iglesia. Se impulsa el humanismo cristiano en las zonas más excluidas de la sociedad. Surgen nuevas escuelas de espiritualidad y apóstoles de la caridad. La novedad que ofrecen estas escuelas, inspiradas la mayoría en las antiguas, es la síntesis de estas corrientes espirituales. Se busca reconstruir los fundamentos de la Iglesia a partir de los misterios de la fe, de forma vivencial, no tanto teológica. Se subraya mucho la devoción a la Inmaculada Concepción, dogma que pone de manifiesto elementos esenciales del modelo antropológico cristiano: la necesidad de la gracia, la trascendencia del Misterio y las consecuencias del pecado<sup>60</sup>.

Muchas órdenes, especialmente las antiguas, están en crisis y viven en la relajación. Se oscila entre la extinción y la reforma. Sobreviven los que descubren la fuerza de su carisma originario. La renovación muchas veces viene de fuera, gracias a sacerdotes celosos. Las órdenes femeninas manifiestan mayor capacidad de adaptación. Los que más sufren son las antiguas congregaciones seculares<sup>61</sup>.

Los nuevos carismas son un lugar humano de encuentro, donde los cristianos se sienten a gusto viviendo el seguimiento de Cristo. Surgen en ambientes hostiles o de frontera misionera. No faltan las contraposiciones al interno de la Iglesia, sobre todo por no encontrar para ellas una colocación canónica adecuada entre aquellas ya aprobadas. Algunos nuevos institutos tendrán que esperar hasta 1917, cuando se promulga el Código de Derecho Canónico, para que su forma de vida sea aprobada por la Iglesia, aunque los problemas no se resuelven del todo<sup>62</sup>.

González explica que en este período las mujeres se distinguen y dominan la vida carismática de la Iglesia y las nuevas fundaciones. Numerosas congregaciones femeninas toman el liderazgo en la puesta en marcha de obras de caridad, de asistencia a los enfermos y a los pobres y de educación

<sup>59</sup> Cf. *Ibid.*, 153-157.

<sup>60</sup> Cf. *Ibid.*, 173-177.

<sup>61</sup> Cf. *Ibid.*, 164-170.

<sup>62</sup> Cf. *Ibid.*, 162-164.

de la niñez<sup>63</sup>. Una de ellas, Ann-Marie Javouhey, logrará la abolición de la esclavitud en Francia. La sociedad liberal se topa con una «silenciosa rebelión femenina eclesial»<sup>64</sup>, que influirá en numerosos sectores sociales y eclesiales. En una sociedad en la que no se consiente a las mujeres el derecho de votar, por considerarlas incapaces, lentamente la Iglesia se rinde ante su influjo y apoya su labor, llegando a modificar incluso su derecho canónico, que solo contemplaba la vida religiosa claustral o monástica<sup>65</sup>. Se considera poco, pero fueron las mujeres las que salvaron la Iglesia en este tiempo. Ratzinger lo reconoce con estas palabras: «Aunque no han sido nunca ni obispos ni sacerdotes, las mujeres han compartido siempre la vida apostólica y el cumplimiento del mandato universal que le es inherente»<sup>66</sup>.

Secondin subraya que el asociacionismo laico fue muy activo en el siglo XIX e inicios del XX, como respuesta de los laicos a los ataques y restricciones a los que se veía sometida la Iglesia católica. El siglo XIX se ha llamado «el siglo del asociacionismo católico»<sup>67</sup>. Nacen congregaciones específicamente misioneras que optan por ir a los lugares menos evangelizados<sup>68</sup>. En la primera mitad del siglo XX, surgen numerosas iniciativas que tienen como objetivo recuperar el liderazgo de la Iglesia en la sociedad en crisis. Se caracterizan por tener un perfil «militante». En vísperas del concilio Vaticano II, existen cuatro modelos de organización del apostolado de los laicos: el modelo italiano de Acción Católica, que mantenía una organización nacional central; el modelo francés, con una pluralidad de movimientos, sea de Acción Católica que de otros más especializados; el modelo filipino, que se basa en una Acción Católica federativa; y el modelo anglófono, en el que nunca había existido la Acción Católica como tal. En general, todas gozaban de un «mandato» de la jerarquía para ejercer el apostolado<sup>69</sup>.

Queriendo encontrar lo esencial de los *movimientos* tan variados que nacen en esta época, podemos decir que se busca visualizar más el compromiso social de la Iglesia, impulsado sobre todo por los laicos. Los católicos se involucran cada vez más en la vida social y eclesial. Muchas iniciativas son

<sup>63</sup> Cf. J. RATZINGER, «I movimenti ecclesiali...», 44.

<sup>64</sup> F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti...*, 213. Cita a E. SASTRE SANTOS, *La vita religiosa nella vita della Chiesa e della Società*, Ancora, Milano 1997, 859.

<sup>65</sup> Cf. *Ibid.*, 213-215.

<sup>66</sup> J. RATZINGER, «I movimenti ecclesiali...», 44.

<sup>67</sup> F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti...*, 163.

<sup>68</sup> Cf. J. RATZINGER, «I movimenti ecclesiali...», 43-44.

<sup>69</sup> Cf. B. SECONDIN, *I nuovi protagonisti: Movimenti, associazioni, gruppi nella chiesa*, Paoline, Milano 1991, 26-33.



espontáneas, no muy reguladas al inicio por la Iglesia. Se busca volver a la experiencia originaria de la Iglesia. Es un movimiento eclesial de renovación y de propuesta misionera. Se usa mucho la imaginación, iluminada por el Espíritu Santo<sup>70</sup>. Se subraya mucho la visibilidad del anuncio. Por esta razón, considero que la aportación esencial que estos carismas hacen a la Iglesia es la de devolverle su visibilidad en la esfera social y laical, tan contestada por los poderes civiles de la época.

En este período, sobre todo en los ámbitos de misión donde la mayoría de los nuevos movimientos se han desarrollado, se logra una fecunda colaboración con la Iglesia local, encontrando una colocación natural al interno de las comunidades eclesiales donde se insertan. Los nuevos movimientos aportan un impulso a la difusión del Evangelio y al servicio de la caridad.

#### D. El fenómeno de los movimientos en el siglo XX

La época contemporánea es compleja en todos los sentidos. Aparecen numerosos movimientos eclesiales, tal como los comprendemos hoy<sup>71</sup>. En esta sección voy a tratar de enfocarme a describir el fenómeno y hacer una breve indicación a la aportación esencial y a la colocación eclesial de estos nuevos movimientos. En los diversos textos que he consultado no he encontrado una exposición historiográfica del surgir de estas nuevas realidades. Se comprende por la cercanía del tiempo, pues la gran mayoría no supera los 70 años de existencia. Por esta razón, la referencia a este período estará más enfocada al conjunto de los nuevos movimientos que a los carismas específicos que lo componen.

Según describe Ratzinger, después del concilio Vaticano II la Iglesia vivió un momento de euforia y de gran esperanza, pero que pronto dio paso a cierta decepción, que Rahner la describe con la imagen del invierno<sup>72</sup>. Comentando esta metáfora, Ratzinger ve en los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, en los que se busca vivir un cristianismo integral, la respuesta providencial e inesperada del Espíritu Santo, que no dejó que la desilusión y la crisis tuvieran la última palabra<sup>73</sup>. Presenciamos desde hace varias décadas el lento pero seguro reflorcer de la fe «*senza 'se' né 'ma'*»<sup>74</sup>

<sup>70</sup> Cf. F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti*..., 171-172.

<sup>71</sup> cf. *Ibid.*, 218.

<sup>72</sup> Cf. *Ibid.*, 228.

<sup>73</sup> J. RATZINGER, «I movimenti eclesiali...», 24.

<sup>74</sup> *Ibid.*, 24.

en grupos de católicos que, como monseñor Clemens dice comentando a Benedicto XVI, «viven su fe íntegra y en *modo integral*»<sup>75</sup>.

Secondin describe la época contemporánea afirmando que nos encontramos en medio de una «transformación antropológica» de la sociedad. Vivimos, dice, en una sociedad pluralista, secularizada, policéntrica y seguramente politeísta<sup>76</sup>. En efecto, el olvido de Dios ha derivado en el policentrismo, donde las ideologías, que son los nuevos «dioses» de la sociedad moderna, toman el puesto de la persona humana en su integridad. Aunque estos «dioses» son nuevos, no dejan de ser proyección mítica de los sentimientos, ambiciones, miedos y luchas internas del hombre, como lo fue el politeísmo en la antigüedad. No presenciamos solo una degradación de la sociedad, sino un verdadero cambio, donde la Iglesia tiene que aprender a convivir con el mundo y volver a transformarlo.

José Granados explica que las grandes transformaciones del mundo moderno han traído un nuevo modo de considerar el espacio y los símbolos. Lo hace con tres ejemplos: la imagen de la casa, en la que el hombre se siente asociado con su entorno, lo cual le permite comprender su vocación y caminar seguro hacia su destino; la imagen del laberinto, donde el sujeto moderno reconoce la vinculación existente entre las realidades, pero niega el significado simbólico de las mismas, cayendo en la confusión del individualismo colectivo; la imagen del desierto, predominante en la cultura postmoderna, que trata de huir del laberinto de símbolos sin sentido y se aísla en la soledad del subjetivismo y del relativismo. Sin relaciones y sin sentido, se refugia en la cultura digital, donde todo se puede modificar al antojo del individuo. Este nuevo laberinto sin muros, ni puertas, ni escondrijos, tiene atrapados a una gran parte de la sociedad cristiana contemporánea. En nuestra sociedad, dice, Dios está ausente del interior de las personas porque la gente practica menos la religión. Dios está también ausente de la plaza pública (gobierno, ciencias, tecnología...). Y Dios está ausente porque ya no se le logra distinguir, pues en la sociedad pluralista actual, la fe se concibe como una opción entre muchas. La fe ha dejado de ser un espacio originario y basilar, sin la que todo termina siendo laberinto y desierto, donde todo símbolo pierde significado o se relativiza<sup>77</sup>.

<sup>75</sup> J. CLEMENS, «La missione dei movimenti ecclesiali e le nuove comunità», in P. BARRAJÓN (ed.). *La primavera della Chiesa e l'azione dello Spirito, L'identità e missione dei Movimenti ecclesiali e delle nuove comunità*, IF Press, Roma 2018, 43.

<sup>76</sup> Cf. B. SECONDIN, *I nuovi protagonisti...*, 109.

<sup>77</sup> Cf. J. GRANADOS GARCÍA, *Tratado general de los sacramentos*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2017, 12-16.

Thomas Joachim sintetiza esta descripción de los retos de la era contemporánea explicando que la sociedad cristiana ha atravesado en los últimos siglos por cuatro cambios fundamentales: el paso de una religiosidad oficial a una privada, que se caracteriza por los ataques a la Iglesia (nacionalismos, grandes cismas); el paso de un Dios personal a uno impersonal (revolución iluminista); el paso de un Dios exterior a uno interior (se niega el valor de los sacramentos); el paso de un Dios masculino a uno femenino (ideologización de la religión)<sup>78</sup>. En el fondo de todo esto, como afirma Salvatore Martínez, está la falta de amor al Espíritu Santo. Si no se realiza una renovación espiritual de la sociedad, las mentiras relativistas y los vicios materialistas seguirán extendiéndose en la sociedad, haciendo proliferar los engaños sobre Dios y sobre el hombre<sup>79</sup>. Por esta razón, Juan Pablo II decía que los desafíos para la evangelización se presentan «en términos dramáticos, e impulsan a la Iglesia, y en particular a sus pastores, a buscar formas nuevas de anuncio y de acción misionera que respondan mejor a las necesidades de nuestra época»<sup>80</sup>. Las nuevas formas de anuncio y de acción misionera las ha suscitado el Espíritu Santo de numerosas formas, en carismas fuertes y originales.

Hoy, más que nunca, se siente «con urgencia la necesidad de un anuncio fuerte y de una sólida y profunda formación cristiana»<sup>81</sup> y los nuevos movimientos están contribuyendo de modo eficaz a ofrecerlos. En ellos, la Iglesia encuentra una creciente toma de conciencia de la vocación y misión de los laicos. El detonante se puede encontrar en la fuerte presión que la sociedad hace para excluir a la Iglesia de la esfera social y pública. El laicado cristiano, movido por la acción del Espíritu Santo, ha reaccionado y está cobrando un protagonismo importante en la defensa de los derechos de la Iglesia. Se desarrolla una teología del laicado, fruto de la profundización de los documentos conciliares, especialmente *Lumen gentium*, *Gaudium et spes* y *Apostolicam actuositatem*. Un signo claro lo mostró Pablo VI al invitar a seis laicos, mujeres y hombres, como oyentes en el Concilio. Con el fin de atender el cada vez mayor compromiso laical, el Santo Padre crea el Pontificio Consejo para los Laicos el 6 de enero de 1967.

<sup>78</sup> Cf. T. JOACHIM, «Formazione ed espansione della fede secondo la comunità di san Giovanni», en P. BARRAJÓN (ed.), *La primavera della Chiesa...*, 122-123.

<sup>79</sup> S. MARTINEZ, «L'esperienza della fede carismatica del Rinnovamento nello Spirito Santo», en P. BARRAJÓN (ed.), *La primavera della Chiesa...*, 93-94.

<sup>80</sup> JUAN PABLO II, *Mensaje a los participantes en un seminario sobre los movimientos eclesiales en la solicitud pastoral de los obispos: Roma, 18 de junio de 1999*, Ciudad del Vaticano 1999, n. 2.

<sup>81</sup> JUAN PABLO II, *Discurso del Santo Padre Juan Pablo II durante el encuentro con los movimientos eclesiales: 30 de mayo de 1998*, Ciudad del Vaticano 1998, n. 7.

Otro elemento característico de esta época es el creciente interés por ahondar en la comprensión teológica de la dimensión carismática en la Iglesia y del papel de los laicos en su vida y su misión. En las últimas décadas se han organizado grandes eventos y congresos que han ayudado a la reflexión teológica y eclesial de este fenómeno<sup>82</sup>. Siguiendo el pensamiento de Karol Wojtyła, Fidel González define a los laicos como aquellos cristianos, llamados enteramente a vivir en modo misionero el propio bautismo. La laicidad, que generalmente caracteriza a los nuevos movimientos, expresa con fuerza el carácter esencial del bautismo, que hace al cristiano eficaz en su vocación inalienable de testigo de Cristo en el mundo.

Otro aspecto que ha caracterizado desde siempre a todos los movimientos eclesiales y a las nuevas comunidades es la búsqueda de la comunión eclesial, especialmente al interno de la propia realidad, pero abriéndose poco a poco a una comunión real con las Iglesias locales y con los demás miem-

<sup>82</sup> He elaborado una lista de los más significativos: I Congreso sobre los movimientos eclesiales organizado del 24 al 27 de septiembre de 1981 en Roma; II Congreso sobre los movimientos, del 28 de febrero al 4 de marzo de 1987, realizado en Rocca di Papa. En octubre de 1987 se realiza una Asamblea extraordinaria del Sínodo de los Obispos para analizar este asunto. El 30 de diciembre de 1988 Juan Pablo II publica la exhortación apostólica *Christifideles Laici*. III Congreso sobre los movimientos, tenido en Bratislava, del 1 al 4 de abril de 1991. Homilía del santo Padre Juan Pablo II en la Vigilia de Pentecostés de 1996. I Congreso internacional de movimientos eclesiales y nuevas comunidades realizado en Roma del 27 al 29 de mayo de 1998. Reunión multitudinaria de miembros de los diversos movimientos eclesiales y nuevas comunidades en la Plaza de San Pedro la Vigilia de Pentecostés, 30 de mayo de 1998. Seminario de Obispos, del 16 al 18 de junio de 1999, titulado *los movimientos eclesiales y nuevas comunidades en la solicitud pastoral de los Obispos*. Congreso del laicado católico *Testigos de Cristo en el nuevo milenio*, realizado en Roma del 25 al 30 de noviembre de 2000. II Congreso mundial de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades, realizado en Rocca di Papa del 31 de mayo al 2 de junio de 2006. Homilía de Benedicto XVI la vigilia de Pentecostés, 3 de junio de 2006. Congreso sobre *las nuevas formas de vida consagrada y las nuevas comunidades*, organizado por la fraternidad franciscana de Betania en Roma, del 5 al 6 de octubre de 2007. Homilía de Benedicto XVI la vigilia de Pentecostés, 17 de mayo de 2008. El primer censo de las nuevas comunidades publicado en mayo de 2010 por el padre Giancarlo Rocca. Congreso sobre las nuevas formas de vida consagrada realizado en Roma del 24 al 26 de noviembre de 2011. Congreso internacional sobre el tema *la primavera de la Iglesia y la acción del Espíritu. La misión de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades en la formación y difusión de la fe*, realizado en Roma el 19 de mayo de 2013, en vísperas del encuentro del papa Francisco con los nuevos movimientos eclesiales y nuevas comunidades. III Congreso Mundial de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades, celebrado en Roma del 20 al 22 de noviembre de 2014. A esta lista, que seguramente no es exhaustiva, se han de añadir todas las Jornadas mundiales de la juventud, desde la primera promovida por san Juan Pablo II en 1986, y que tanto han animado la conciencia cristiana y la participación misionera de los laicos.

bros del Cuerpo místico. Por último, la eclesiología misionera es característica de los movimientos y nuevas comunidades eclesiales y lo hacen notar en su compromiso por la nueva evangelización<sup>83</sup>.

Tratando de encontrar la nota esencial de los carismas de los movimientos y nuevas comunidades del siglo XX y XXI, podemos decir que se caracterizan fuertemente por manifestar la comunión en la pluralidad de formas de vida cristiana y la presencia cristiana en un mundo cada vez más pagano<sup>84</sup>. No es que los nuevos movimientos estén aportando esta cualidad a la Iglesia, pero en estos tiempos el fuerte testimonio de comunión es un signo que enriquece a toda la Iglesia<sup>85</sup>. Esta es una característica importante de la eclesiología de los movimientos. Refleja un aspecto que se ha repetido en todos los períodos de la historia, pero que ahora, además de resaltar la comunión con el Vicario de Cristo, se resalta la comunión entre los distintos estados de vida eclesial. Fidel González lo expresa así:

El encuentro mundial de Roma ha sido la celebración de la unidad de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades en la diversidad de los carismas, de los métodos formativos y de las modalidades operativas, como recuerda san Pablo en su Primera carta a los Corintios (12,4-6); al mismo tiempo, éste ha mostrado un profundo espíritu de comunión eclesial y de pertenencia a la Iglesia por parte de los movimientos y de las nuevas comunidades, particularmente evidente en su continua referencia al ministerio petrino. De esta forma, se ha podido comprender mejor la realidad de la Iglesia como «casa común» de los movimientos eclesiales y de las nuevas

<sup>83</sup> Cf. F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti...*, 224-227.

<sup>84</sup> Cf. *Ibid.*, 218.

<sup>85</sup> El concilio reconoce en la Iglesia un signo y un instrumento eficaz del amor de Dios hacia el mundo y hacia el hombre. Los movimientos participan de un modo especial de esta dimensión significativa, pues los dones del Espíritu tienen como finalidad proclamar y comunicar este amor de Dios. Citando a H.U. von Balthasar, Piero Coda comenta que los carismas son un 'rayo del cielo' que ilumina un punto único y original de la voluntad de Dios para la Iglesia en un tiempo determinado. Lo esencial de los carismas actuales es poner de relieve esta naturaleza propia de los movimientos en la Iglesia. Su novedad no está en aportar algo especial al misterio de Cristo, sino en significarlo y manifestarlo de modo nuevo y actual. Los movimientos son un modo de manifestarse el amor de Dios, por el cual pone de relieve, ilumina y hace operante un aspecto particular del misterio inagotable de Cristo. De esta forma, el Espíritu de la Verdad nos va revelando todo (cf. P. CODA, «I movimenti ecclesiali, dono dello Spirito. Una riflessione teologica», en PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS (ed.), *I movimenti nella Chiesa: Atti del Congresso mondiale dei movimenti ecclesiali. Roma, 27-29 maggio 1998*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1999, 85-86).

comunidades, edificada y continuamente renovada por los dones sacramentales, jerárquicos y carismáticos del Espíritu Santo<sup>86</sup>.

Benedicto XVI afirma que «el lugar de los movimientos en la Iglesia es la apostolicidad»<sup>87</sup>. La evangelización de la sociedad secularizada es la contribución eclesial de los nuevos carismas, como bien señala Barraión al comentar la homilía de Juan Pablo II del 30 de mayo de 1998<sup>88</sup>. Las nuevas realidades eclesiales dan un impulso fuerte a la nueva evangelización y motivan a las antiguas a renovarse en su misión<sup>89</sup>.

---

<sup>86</sup> *Ibid.*, 234.

<sup>87</sup> *Ibid.*, 332.

<sup>88</sup> Cf. P. BARRAJÓN, «Introduzione: Lo Spirito soffia dove vuole per ringiovanire la Chiesa», in P. BARRAJÓN (ed.), *La primavera della Chiesa e...*, 12.

<sup>89</sup> Cf. F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti...*, 229.